

## **EL ABUELO Y SU NIETO**

*(Pretor Peregrino)*

No todos conservan la niñez en el alma al entrar a la adolescencia. En muchos la pureza de los corazones se enturbia paso a paso, y se pierde esa mirada clara que nada sabe de cálculos ni de recelos. La inocencia se pierde en el camino a poco andar y luego, cuando ya nada queda de ella, no se percata uno de que la ha extraviado, ni tampoco de la inmensa fortuna que representaba el tesoro arrojado a la vera del camino. No es en la temprana juventud cuando calibramos la inmensa pérdida que hemos sufrido, no; ello ocurre solo mucho más tarde en la vida, cuando la juventud ha caído ya del caballo fantasma que en frenético galope le prometiera eternidad, y se ha destrozado entre las piedras del sendero.

Pero hay quienes habitan más tiempo la infancia, y esos son los que llenan de sol su alma y derraman rayos que entibian el crudo invierno que rige al mundo adulto. Te contaré ahora acerca de uno de aquellos que, habiéndose adentrado en la adolescencia, conservaba un corazón de niño.

Aconteció esto hace muchos años, en una ciudad como tantas. Como en tantas, también, veían sus calles pasar la alegría y el dolor mezclados, y la miseria arrastraba por ellas, día a día, su fardo de pesares y carencias, a veces bajo la mirada compasiva de los paseantes, a veces bajo la indiferencia de otros muchos.

Un adolescente tranquilo, serio y en todo sentido recomendable, vivía en aquella ciudad y salía de tarde en tarde y de vez en vez, con sus amigos o compañeros, y nada había en ello de extraño ni a nadie le parecía mal. Pero aconteció que un verano sus padres empezaron a notar que todos los miércoles salía a mediodía y estaba ausente un par de horas, pidiendo un pequeño

*(Pretor Peregrino)*

estipendio, cada vez, para menudos gastos que ni él explicitaba, ni nadie le pedía que explicara, por lo mismo que su conducta era ejemplar y el coste de sus paseos era pequeño. Pero como se repitiera el hecho, miércoles a miércoles, y el adolescente llegara cada vez tarde al almuerzo familiar, los padres empezaron a hacerse preguntas y, creyendo adivinar lo que ocurría, se decían entre sí que alguna mocita había de haber conquistado aquel corazón, y que con ella se reunía, de seguro, en ese día de la semana. Aguardaban, en ese supuesto, la confidencia del hijo, que llegó por fin una tarde, cuando el joven se acercó a su padre y le pidió ayuda para comprar una silla. ¿Una silla? Sí, claro, una silla. Una plegable, de metal, cuyo asiento y respaldo fueran blandos, forrados con un suave acolchado. El muchacho ya la tenía vista en una tienda determinada, pero no disponía del dinero para comprarla. ¿Una silla? Simple, pero curiosa petición, que exigió explicaciones. Y así fue como se develó el secreto de los días miércoles.

El adolescente había reparado en que, en una esquina del centro de la ciudad, un hombre viejo pedía limosna a los paseantes. Lo vio más de una vez, le dio las monedas que llevaba y muy pronto entabló conversación con él y supo de sus pesares. Lo supo, sencillamente, pues la inocencia no indaga por curiosidad malsana ni mucho menos para humillar, sino por la sola circunstancia de intuir que nada que a otro le ocurra, nos es ajeno. Y nuestro joven era un niño en su corazón y por eso vio en el anciano a un hombre como todos, simplemente, y no a un paria. Nosotros, los adultos, esquivamos a veces la mirada del caído, quizás por temor a la suerte de aquel que no queremos ver, quizás porque también sabemos que somos uno con él, pero como ya no somos inocentes, nos aterra ser uno con

*(Pretor Peregrino)*

el miserable, aferrados como estamos a nuestras personales máscaras. Pero un niño no hace tal cosa, pues su ser está libre de afeites y de caretas. Es, simplemente y, por lo mismo, todo es con él.

Así, conversando con el anciano, aquel niño supo de sus pesares, del abandono, de la vida errabunda, de las carencias, humillaciones y penas que acompañan como jauría inmisericorde a los más pobres, a los vencidos por la vida. A los abandonados de los hombres. Y trabando conversación con él llegó a comprender el corazón de aquel pordiosero, pues su inocencia no había caído derramada entre el follaje, a la vera del camino. Su mente clara, no por clara renegó del sentimiento, y por eso pudo captar lo que ningún otro paseante captó en el viejo: el sagrado signo de la humanidad doliente. Un gigante de las letras dijo una vez que donde hay dolor hay tierra sagrada debajo, y es verdad. Solo que pocos lo descubren.

¡Ah, pero un niño! ¿Puede acaso un niño pasar indiferente ante un hombre doblado por el peso de la pena, que extiende su mano pidiendo ayuda? ¿No son los niños los que nos exigen monedas para entregar a los mendigos, a nuestro paso? ¿Y no son sus caridades las únicas que no ofenden, porque provienen de la inocencia, perfumada aún de paraíso?

En la ciudad de nuestra historia había un ser humano necesitado y doliente. Solo y pobre. Viejo y mal alimentado. Y había un niño. Por fortuna, había un niño.

A poco andar, nuestro protagonista había entablado amistad con el anciano, y había acudido todos los miércoles a verle y a invitarle a almorzar en el restaurante de un mercado cercano, donde solían servir succulentas cazuelas y

*(Pretor Peregrino)*

humeantes platos de legumbres, a bajo precio. Por supuesto que el dinero alcanzaba al joven solo para que comiera su invitado, así que él se limitaba a acompañarlo y conversar, dándole su afecto libre de toda conmiseración. Ya almorzaría él mismo más tarde, en su casa, que ahora lo que importaba era cuidar a su anciano amigo. Y así se iban los dos, el estudiante y el mendigo, cada vez, desde la esquina al mercado y desde el mercado a la esquina de vuelta, tras el almuerzo, conversando como amigos de una vida entera. Y tanto fue así, que como el viejo se instalara siempre en la misma zona a implorar la caridad pública, un grupo de taxistas que tenían su paradero enfrente, y que lo conocían, le preguntaban de cuando en cuando: “¡Eh, don Jerónimo!” (pues así se llamaba) “¿cuándo viene a verlo de nuevo su nieto?” Así, sin más preámbulos ni explicaciones, nuestro protagonista se convirtió en nieto del mendigo.

Y quizás no haya honor mayor que ese, cuando no es la sangre la que dispone el vínculo.

El caso es que el buen viejo estaba cansado por los años y las privaciones, y las piernas le fallaban y dolían, pero necesitaba permanecer horas en la esquina para reunir las pocas monedas que le permitían subsistir. Entonces fue cuando al muchacho se le ocurrió que lo que se necesitaba era una silla. Pero una que fuera a la vez plegable, liviana y cómoda. Plegable y liviana, para que su amigo pudiera acarrearla día a día desde su mísero alojamiento hasta el centro de la ciudad, y cómoda, para que le permitiera descansar sus cansados huesos, mientras pedía la limosna. Nuestro joven buscó con afán, hasta que en un comercio dio con una

*(Pretor Peregrino)*

buena silla de metal, plegable y con asiento y respaldo de forro sintético relleno con una gruesa lámina de espuma. La tomó y constató que era liviana. No era cara, pero para él sí, pues carecía de dinero. Entonces decidió develar su secreto, y pedir el importe a su padre.

Y el padre, maravillado de lo que oía, no dudó, y entregó el dinero a su hijo, y la madre lo supo también, y ambos, emocionados, sintieron que ese hijo les regalaba, con su historia, una flor del jardín de la infancia eterna.

El miércoles siguiente, el padre dio dinero suficiente para que el hijo pudiera almorzar también con el buen viejo, de modo que su compañía en esa hora fuera completa. Y ya antes, por supuesto, el muchacho le llevó la silla a su amigo, que la recibió alborozado. Ese miércoles el almuerzo fue largo, y don Jerónimo le contó al muchacho cómo él sabía tocar la guitarra -“y no puro rasgueo”- advertía con énfasis -“sino que yo sé puntear y sacar melodías”. Y le contó también cómo había sido, en otro tiempo, un hombre con familia y con trabajo, y muchas, muchas otras cosas, pues la sobremesa fue como debe ser, cuando dos amigos se reúnen. Y se explayó, alegre, aquel mendigo, porque quien le oía no lo hacía sentirse mendigo, sino que era como un nieto que escuchaba con cariño a su abuelo. Y nada hay mejor para entibiar un corazón entumecido por los años y la pena, que el cariño de un nieto. Ese miércoles las penas del anciano se olvidaron y su tarde fue alegre y su semblante pareció más joven.

El padre de nuestro mozo quiso, días después, ver por sí mismo al anciano y se dirigió al centro, conoedor ya de la esquina que ocupaba. Muy pronto lo divisó, sentado en su silla metálica de respaldo y asiento azules, y al acercarse vio

*(Pretor Peregrino)*

el rostro agradable de un anciano pobre, sin duda, pero también sereno. Sostenía el buen hombre un pequeño jarrito metálico en el que recibía las monedas que quisieran darle los viandantes, y en el cual el hombre que se acercó le dejó un billete. El viejo lo miró con ojos alegres y, agradeciendo, le dijo con una sonrisa: - "me regalaron esta sillita".

Entonces el hombre más joven le sonrió a su vez y sin poderse contener le contó que era el padre de aquel muchacho que le había dado la silla. Oír estas palabras y saltar el mendigo como un resorte, fue una sola cosa. Saltó como recuperando de pronto la juventud a fuerza de cariño, y abrazó con la energía del afecto a aquel desconocido. Y al abrazarlo le dijo, con la voz temblorosa por la emoción: -"¡su hijo ha sido más que mi familia, para mí!".

Y aquel padre, vencido también por la emoción abrazó al mendigo, no como se abraza a un mendigo sino como se abraza a un hermano.

Cuando el padre volvió a su casa, caminando entre los rostros inexpresivos de tantos paseantes que nada vieron ni comprendieron, las avechillas que volaban bajo el cielo azul de esa tarde estival cantaban para él.

Y esa noche, en su mísero cuartucho, don Jerónimo punteó melodías en su guitarra y luego se durmió contento, sabiendo que no era un mendigo, sino un hombre rico, porque tenía un nieto.

---